

[Cuaderno Azul] [*Praha magika*]
EL PASEANTE DE PRAGA
Guillaume Apollinaire

En marzo de 1902 fui a Praga.

Venía de Dresde.

Desde que llegué a Bodenbach, donde se encuentran las aduanas austríacas, la conducta de los empleados del ferrocarril me había demostrado que la rigidez alemana no existía en el imperio de los Habsburgo.

Cuando pregunté en la estación dónde estaba la consigna, con objeto de depositar la maleta, el empleado me la tomó; luego sacó del bolsillo un billete muy gastado y grasiento, lo rasgó en dos y me dio la mitad invitándome a guardarla cuidadosamente.

Me aseguró que, por su parte, haría lo mismo con la otra mitad, y al coincidir los dos fragmentos de billete yo podría demostrar ser el propietario del equipaje cuando deseara recuperarlo. Me saludó, quitándose el poco agraciado quepis austríaco que llevaba.

A la salida de la estación Francisco José, y tras haberme desembarazado de los mozos que, con una obsequiosidad genuinamente italiana, ofrecían sus servicios en un alemán incomprensible, me interné por el casco viejo buscando un alojamiento adecuado a mi modesto bolsillo de viajero. Siguiendo una costumbre bastante impertinente, pero muy práctica cuando no se conoce una ciudad, pregunté a algunos transeúntes.

Para mi asombro, los cinco primeros no entendían una sola palabra de alemán, sino únicamente checo. El sexto me escuchó, sonrió y me respondió en francés:

-Hable en francés, señor. Detestamos a los alemanes mucho más que ustedes, los franceses. Odiamos a esas gentes que quieren imponernos su lengua y que se aprovechan de nuestras industrias y nuestra tierra, que produce vino, carbón, piedras preciosas y metales nobles; en una palabra, todo, excepto sal. En Praga sólo se habla checo. Pero si usted habla en francés los que puedan responderle lo harán siempre gustosos.

Me indicó un hotel, situado en una calle cuyo nombre está escrito de tal modo que se pronuncia «Porjitz», y se despidió manifestándome la simpatía que sentía por Francia.

Pocos días antes, París había celebrado el centenario de Victor Hugo.

Pude comprobar que la cordialidad demostrada por los bohemios con motivo de aquel acto no era un sentimiento superficial. Las paredes estaban cubiertas de hermosos carteles que anunciaban las traducciones al checo de las novelas de Victor Hugo. Los escaparates de las librerías parecían auténticos museos bibliográficos del poeta y exhibían recortes de periódicos parisinos en los que se informaba sobre la visita del alcalde de Praga y de los *Sokol*s. Todavía me pregunto cuál era el papel de la gimnasia en aquel asunto.

La planta baja del hotel al que me habían enviado estaba ocupada por un café-cantante. En el primer piso me encontré con una anciana, la cual, tras llegar a un acuerdo en el precio, me condujo a una habitación angosta donde había dos camas. Precisé que mi intención era la de vivir solo. La mujer sonrió y me dijo que podía hacer lo que me pareciera más conveniente, pero que, en cualquier caso, me resultaría fácil encontrar una compañera en el café-cantante de abajo.

Salí con la intención de pasear mientras fuera de día y de cenar, más tarde, en una taberna bohemia. Siguiendo mi costumbre pregunté a un transeúnte, que también reconoció mi acento y me respondió en francés:

-Yo también soy extranjero, pero conozco Praga y sus encantos lo suficiente como para invitarle a que me acompañe por la ciudad.

Observé al hombre. Me pareció que debía rondar los sesenta, aunque se conservaba bien. Su indumentaria se componía de un largo abrigo marrón con cuello de nutria y un pantalón ajustado de paño negro, a través del cual se adivinaban unas pantorrillas muy musculosas. Iba tocado con un sombrero ancho de fieltro negro, como los que suelen llevar los profesores alemanes. Una estrecha cinta de seda negra rodeaba su frente. Sus zapatos de cuero flexible, sin tacones amortiguaban el ruido de sus pasos, lentos y regulares como los de alguien que, sabiendo el largo camino que le queda por recorrer, quiere evitar llegar cansado a la meta. Caminábamos en silencio. Observé minuciosamente el perfil de mi compañero. El rostro desaparecía prácticamente bajo la espesura de la barba, el bigote y unos cabellos desmesuradamente largos, aunque peinados con esmero, y de una blancura de armiño. Quedaban a la vista, sin embargo, los labios carnosos y violáceos. La nariz sobresalía, curva y velluda. El desconocido se detuvo cerca de unos urinarios y me dijo:

-Perdón, señor.

Le seguí y observé que llevaba los pantalones caldos. Cuando salimos comentó:

-Mire esas casas antiguas; conservan los blasones que las diferenciaban antes de ser numeradas. Ésta es la casa de la Virgen, allí está la del Águila y, más allá, la del Caballero.

Sobre el portal de esta última había una fecha grabada. El viejo la leyó en voz alta:

-1721. ¿Dónde estaba yo entonces?... El 21 de junio de 1721 llegué a las puertas de Munich.

Yo le escuchaba alarmado, pensando que estaba tratando con un loco. Él me miró y sonrió, mostrando sus encías desdentadas.

-Llegué ante las puertas de Munich. Pero, al parecer, mi cara no les gustó a los soldados del puesto de guardia, pues me interrogaron de un modo muy concienzudo. Como mis respuestas no les satisficieron, me apalearon y me condujeron ante los inquisidores. Aunque tenía la conciencia tranquila, me sentía bastante inquieto. Por el camino, la visión de san Onofre, pintado en la casa que ahora lleva el número diecisiete de la Marienplatz, me confirmó que viviría al menos hasta el día siguiente, ya que esta imagen posee la propiedad de conceder un día de vida a quien la contempla. De cualquier modo aquella visión no tenía demasiada utilidad para mí, pues poseo la certeza de sobrevivir. Los jueces me pusieron en libertad, y estuve paseando por Munich durante ocho días.

-¡Debía ser muy joven entonces! -exclamé, por decir algo-. ¡Muy joven!

El desconocido respondió con indiferencia:

-Casi dos siglos más joven. Pero, exceptuando la ropa, tenía el mismo aspecto que ahora. De todas formas, aquella no era mi primera visita a Munich. Había estado en 1334, y todavía recuerdo los dos cortejos que vi. El primero estaba compuesto por unos arqueros que acompañaban a una mujerzuela que plantaba cara con arrojo a los abucheos de la multitud y llevaba con dignidad su corona de paja, una diadema infamante en cuya cima tintineaba una campanilla; dos largas trenzas de paja descendían hasta las corvas de aquella bella muchacha. Iba con las manos encadenadas y cruzadas sobre el vientre, que adelantaba lúbricamente, según la moda de una época en la que la belleza de las mujeres consistía en parecer embarazadas. Era su único rasgo hermoso. El segundo cortejo fue el de un judío al que conducían a la horca. Caminé hasta el cadalso entre el griterío de la multitud, ebria de cerveza. La cabeza del judío estaba aprisionada bajo una máscara de hierro pintada de rojo. La máscara representaba un rostro diabólico, cuyas orejas, a decir verdad, tenían la forma de los cucuruchos con orejas de burro que se les pone en la cabeza a los niños que se portan mal. La nariz era larga y puntiaguda, y su peso obligaba al infeliz a caminar encorvado. Una lengua enorme, plana, estrecha y enroscada completaba aquel incómodo artilugio. Ninguna mujer sentía piedad por el judío. A ninguna se le ocurrió enjugar su frente sudorosa bajo la máscara, como aquella desconocida que secó el rostro de Jesús con el lienzo de la Santa Faz. Cuando la plebe se dio cuenta de que un escudero del cortejo llevaba dos grandes perros atados, exigió que los colgaran junto al judío. Me pareció que se cometía un doble sacrilegio, uno desde el punto de vista de aquellas gentes, que convirtieron al judío en una especie de Cristo deplorable, y otro desde el punto de vista de la humanidad, pues yo detesto a los animales, señor, y no soporto que se les trate como si fueran hombres.

-Usted es israelita, ¿verdad? -pregunté simplemente.

Él respondió:

-Soy el Judío Errante. Seguramente usted ya lo había adivinado. Soy el Eterno judío; así me llaman los alemanes. Soy Isaac Laquedem.

Le di mi tarjeta y le pregunté:

-Usted estaba en París en abril del año pasado, ¿verdad? Y escribió su nombre con tiza en una pared de la calle de Bretagne. Recuerdo haberlo leído un día en que me dirigía a La Bastilla montado en un ómnibus.

Dijo que era verdad, y continué:

-¿Se le atribuye con frecuencia el nombre de Ahasverus?

-¡Dios Mío! Todos esos nombres y muchos más me pertenecen. En el romance que se cantó tras mi visita a Bruselas

aparezco como Isaac Laquedem, nombre tomado de Philippe Mouskes, que en 1243 escribió mi historia en rimas flamencas. El cronista inglés Mathieu de París, que la conocía por el patriarca armenio, ya la había contado. Desde entonces los poetas y cronistas han relatado mis andanzas con el nombre de Ahasver, Ahasverus o Ashavere, según las ciudades. Los italianos me llaman Buttadeo -en latín, Buttadeus-; los bretones, Boudedeo; y los españoles, Juan Espera-en-Dios. Yo prefiero el nombre de Isaac Laquedem, con el cual he visitado a menudo Holanda. Algunos autores suponen que fui portero en casa de Poncio Pilato, y que mi nombre era Karthaphilos. Otros no ven en mí más que a un zapatero, y la ciudad de Berna se honra en conservar un par de botas cuya confección pretenden adjudicarme y que podría haber dejado a mi paso por la ciudad. Sin embargo, lo único que diré acerca de mí es que Jesús me ordenó caminar hasta su regreso. No he leído las obras que he inspirado, pero conozco el nombre de sus autores: Goethe, Schubart, Schlegel, Schreiber, von Schenck, Pfizer, W. Müller, Lenau, Zedlitz, Mosens, Kohler, Klingemann, Levin Schüking, Andersen, Heller, Herrig, Hamerling, Robert Giseke, Carmen Sylva, Hellig, Neubaur, Paulus Cassel, Edgard Quinet, Eugène Suë, Gaston Paris, Jean Richepin, Jules Jouy, el inglés Conway y los praguenses Max Haushofer y Suchomel. Debo añadir que todos estos autores se han basado en una obrita que, publicada en Leyde en 1602, no tardó en ser traducida al latín, al francés y al holandés, y más tarde corregida y aumentada por Simrock en sus libros populares alemanes. Pero ¡fíjese! Aquí tenemos el Ring o Place de Grève. En aquella iglesia yacen los restos del astrónomo Tycho Brahe, y Jean Huss predicó en ella. Sus muros conservan las huellas de los cañonazos de las guerras de los Treinta Años y de los Siete Años.

Permanecemos en silencio, visitamos la iglesia y luego fuimos a escuchar cómo daba la hora el reloj del ayuntamiento. La Muerte tiraba de la cuerda y tocaba, sacudiendo la cabeza.

Otras estatuillas se agitaban, mientras el gallo batía las alas y los Doce Apóstoles lanzaban una mirada impasible sobre la ciudad al pasar ante una ventana abierta. Tras haber visitado la desoladora prisión de Schbínska, nos internamos por el barrio judío, con sus escaparates de ropa vieja, chatarra y otros objetos variopintos. Unos carniceros despedazaban vacas. Mujeres calzadas con botas cruzaban apresuradamente las calles. Judíos vestidos de luto, reconocibles por sus ropas rasgadas, transitaban por el barrio. Los niños se increpaban en checo o en una jerga hebrea. Visitamos, con la cabeza cubierta, la antigua sinagoga donde las mujeres no podían entrar durante las ceremonias, debiendo contentarse con mirar por un tragaluz. Esa sinagoga, en la que duerme oculta una admirable Torá escrita en un viejo rollo de pergamino, tiene el aspecto de una tumba. Después, Laquedem miró el reloj del ayuntamiento judío y dijo que eran las tres. Ese reloj lleva cifras hebreas y sus agujas se mueven en sentido contrario. Cruzamos el Moldau por el Carlsbrücke, el puente desde donde san Juan Nepomuceno,

mártir del secreto de la confesión, fue arrojado al río. Desde ese puente, adornado con estatuas piadosas, se contempla el magnífico espectáculo del Moldau y de toda la ciudad de Praga, con sus iglesias y conventos.

Frente a nosotros se alzaba la colina de Hradchany. Mientras ascendíamos entre los palacios, continuamos conversando.

-Yo no creía en su existencia -dije-. Pensaba que su leyenda era el símbolo de su raza errante... Amo a los judíos, señor. Bullen de una forma encantadora, y es una lástima que... Entonces, ¿es cierto que Jesús le condenó?

-Es cierto, pero no hablemos de eso. Estoy acostumbrado a una vida sin fin y sin reposo. Porque no duermo. Camino sin cesar y continuaré caminando hasta que se manifiesten las Quince Señales anunciadoras del juicio Final. Sin embargo no recorro un vía crucis, sino que mi itinerario es feliz. En tanto que testigo inmortal y único de la presencia de Cristo en la Tierra, doy fe a los hombres de la realidad del drama divino y redentor que se desarrolló en el Gólgota. ¡Qué gloria! ¡Qué gozo! Pero también soy, desde hace diecinueve siglos, espectador de la Humanidad, lo cual me proporciona maravillosas diversiones. Mi pecado, señor, fue un pecado de genio, y hace mucho tiempo que dejé de arrepentirme.

Calló. Visitamos el castillo real del Hradchany, con sus salas majestuosas y desiertas, y después la catedral, donde se encuentran las tumbas reales y el sepulcro de plata maciza de san Juan Nepomuceno. Cuando entramos en la capilla donde se coronaba a los reyes de Bohemia, y donde el santo rey Wenceslao sufrió martirio, Laquedem me explicó que los muros estaban recubiertos de piedras preciosas: ágatas y amatistas. Luego señaló una amatista y dijo:

-Observe el centro, el veteadado dibuja una cara con la mirada llameante y extraviada. Se dice que es el rostro de Napoleón.

-¡Es mi cara! -exclamé-. ¡Con mis ojos oscuros y ansiosos!

Y es cierto. Allí está mi retrato atormentado, cerca de la puerta de bronce de la que pende la anilla que sujetaba a san Wenceslao mientras era torturado. Tuvimos que salir. Yo, que tanto temo volverme loco, estaba pálido y preocupado por haber visto mi rostro enloquecido. Laquedem, compasivo, me consoló y me dijo:

-No visitemos más monumentos. Caminemos por las calles. Contemple bien Praga; Humboldt afirma que es una de las cinco ciudades más interesantes de Europa.

-¿Usted lee?

-¡Oh! A veces leo libros interesantes mientras camino... ¡Vamos, ríase! A veces también amo mientras camino.

-¡Cómo! ¿Y nunca siente celos?

-Mis amores de un instante equivalen a amores de un siglo. Pero, por fortuna, nadie me sigue, así que no tengo tiempo de adquirir ese hábito que engendra los celos. ¡Vamos, ríase! No tema ni al futuro, ni a la muerte. Nunca se tiene la seguridad de morir. Puede creerlo, no soy el único que no ha muerto. Recuerde a Enoc, a Elas, a Empédocles, a Apolonia de Tiana... ¿Acaso ya no cree nadie que Napoleón todavía vive? ¡Y aquel desdichado rey de Baviera, Luis II! Pregunte a los bávaros. Todos le asegurarán que su magnífico y loco rey sigue vivo. Tal vez usted tampoco muera.

Se hacía de noche y las luces comenzaban a encenderse en la ciudad. Cruzamos de nuevo el Moldau, esta vez por un puente más moderno.

-Es hora de cenar -dijo Laquedem- Caminar abre el apetito y yo soy muy comilón.

Entramos en una taberna donde sonaba la música.

Había un violinista, un hombre que estaba a cargo del tambor, el bombo y el triángulo, y un tercero que tocaba una especie de armonio, con dos pequeños teclados yuxtapuestos y colocados sobre fuelles. Los tres músicos armaban un ruido endiablado y acompañaban bastante bien el *goulasch* con pimentón picante, las patatas salteadas y mezcladas con granos de comino, el pan con semillas de adormidera y la cerveza amarga de Pilsen que nos sirvieron. Laquedem comió de pie, paseando por la sala. Los músicos tocaban y, a continuación, pasaban el plato. Mientras tanto, la sala se iba llenando de las voces guturales de los clientes, todos ellos bohemios de cabeza en forma de bola, cara redonda y nariz hinchada. Laquedem se dirigió expresamente a alguien. Vi que me señalaba. Me miraron; un hombre se acercó y me estrechó la mano, diciendo:

-¡Viva la Franza!

Sonó la música de *La Marsellesa*. Poco a poco, la taberna se llenó. Había también mujeres. La gente comenzó a bailar. Laquedem tomó a la bella hija del patrón y me quedé extasiado mirándolos. Los dos bailaban como ángeles, en palabras del Talmud, que llama «maestros de danza» a los ángeles. De pronto, sujetó con fuerza a su compañera de baile, la levantó y bailó así entre los aplausos del público. Cuando la muchacha se vio de nuevo con los pies en el suelo su gesto era grave y estaba casi desvanecida. Laquedem le dio un beso, que sonó con un chasquido juvenil, y se dispuso a pagar su cuenta, un florín. Sacó su bolsa, hermana de la de Fortunatus, en la que nunca faltaban cinco monedas legendarias.

Salimos de la taberna y cruzamos la gran plaza rectangular llamada Wenzelplatz, Viehmarkt, Rosmarkt o Václavské Náměstí. Eran las diez. A nuestro paso, las mujeres que vagaban a la luz de las farolas susurraban incitadoras frases en checo. Laquedem me condujo hasta el barrio judío, diciendo:

-Ya verá. Por la noche, todas las casas se transforman en lupanares.

Era verdad. En todas las puertas había apostada una matrona, de pie o sentada, con la cabeza cubierta con un chal, que masculaba invitaciones al amor nocturno. De repente, Laquedem dijo:

-¿Quiere ir al barrio de los Viñedos Reales? Allí se encuentran chiquillas de catorce y quince años que complacerían a los pedófilos más exigentes.

Decliné aquella oferta tentadora. En una casa cercana bebimos vino de Hungría en compañía de mujeres sucintamente vestidas, alemanas, húngaras o bohemias. La fiesta derivó en libertinaje, pero yo no participé.

Laquedem reprobó mi reserva y la emprendió con una húngara tetuda y culona. Enseguida se desmelenó y arrastró a la muchacha, que tenía miedo del viejo. Su sexo circundado recordaba un tronco nudoso, o ese poste de colores de los Pielas Rojas, moteado de tierra de Siena, de escarlata y del violeta oscuro de los cielos tormentosos. Al cabo de un cuarto de hora regresaron. La muchacha, cansada, mimosa y, al mismo tiempo, asustada, gritaba en alemán.

-¡No ha parado de andar! ¡No ha parado de andar! ¡En verdad no ha parado de andar!

Laquedem reía; pagamos y nos fuimos. Entonces me dijo:

-He quedado muy contento de esa chica, y pocas veces me siento satisfecho. Sólo recuerdo un goce semejante cuando estuve en Forlì en 1267 y poseí a una doncella. También fui feliz en Siena, no me acuerdo en qué año del siglo XIV, con una fornarina casada, cuyos cabellos tenían el color de los panes dorados. En 1542 me quedé tan prendado que fui a una iglesia descalzo para suplicarle a Dios, en vano, que me perdonara y me permitiera detenerme. Aquel día, durante el sermón, fui reconocido y abordado por el estudiante Paulus von Eitzen, que se convirtió en obispo de Schleswig. Von Eitzen me contó la aventura de su compañero Chrysostomus Duduloeus, que la imprimió en 1564.

-¡Qué bien vive! -exclamé.

-¡Sí! Vivo una vida casi divina, en absoluto triste, como la de un Wotan. Pero empiezo a sentir que debo marcharme. ¡Ya estoy harto de Praga! Si está que se cae de sueño. Váyase a dormir. ¡Adiós!

Estreché su larga y seca mano y le dije:

-¡Adiós, Judío Errante, viajero feliz y sin destino! Su optimismo no es vulgar... ¡Qué locos están quienes le tienen por un aventurero consumido y atormentado por los remordimientos!

-¿Remordimientos? ¿Por qué habría de sentirlos? Conserve la paz espiritual y sea malo. Los buenos se lo agradecerán. Cristo, que fue víctima de mi escarnio, me hizo sobrehumano. ¡Adiós!

Mientras se alejaba en la fría noche seguí con la mirada la figura simple, doble o triple que formaba su sombra bajo la luz de las farolas.

De repente, agitó los brazos, dejó escapar el -gemido lastimero de un animal herido y se desplomó.

Me precipité hacia él gritando. Me arrodillé y le desabroché la camisa. Él me miró con los ojos extraviados y comenzó a hablar atropelladamente:

-Gracias. Ha llegado el momento. Cada noventa o cien años siento un dolor terrible. Pero me recupero con las fuerzas necesarias para afrontar un nuevo siglo de vida. ¡Oí! -se lamentó-, que significa «¡ay!» en hebreo.

Mientras tanto, todo el puterío del barrio judío, atraído por los gritos, había salido a la calle. Llegó la policía. Había también hombres medio vestidos, que se habían levantado de la cama a toda prisa. Por las ventanas asomaban cabezas. Me aparté y contemplé cómo se alejaban los agentes de policía que se llevaban a Laquedem, seguidos por un enjambre de hombres sin sombrero y de muchachas con batas blancas almidonadas.

Muy pronto no quedó en la calle más que un viejo judío con ojos de profeta, que me miró con recelo y murmuró en alemán:

-Es un judío. Morirá.

Y vi que, antes de entrar en casa, se desabrochaba el abrigo y se rasgaba la camisa en diagonal.

[Traducción de Teresa Clavel Lledó para Montesinos Editor]



Tijeretazos [Postriziny] Una revista de literatura y cine
correo@tijeretazos.org www.tijeretazos.org